

PRESENTACIÓN

La propuesta filosófica de María Zambrano puede mostrarse como la justificación de un camino (método) que permite buscar y encontrar a Dios, a ese Dios que por ser más que vida, Amor, mantiene con su entrega, la esperanza de la vida humana en toda situación de «crisis», donde parece anticiparse la muerte antes de que su momento llegue. La derrota del bando republicano en la guerra civil española y los horrores de la segunda guerra mundial encarnarán esa situación de crisis, que la razón moderna, a pesar de sus grandes ideales, no quiso o no supo o no pudo responder, abriéndose la sospecha de que quizá, por su intrínseca violencia, incluso la propició.

«La crisis muestra las entrañas de la vida humana, el desamparo del hombre que se ha quedado sin asidero, sin punto de referencia; de una vida que no fluye hacia meta alguna y que no encuentra justificación. Entonces, en medio de tanta desdicha, los que vivimos en crisis tengamos, tal vez, el privilegio de ver claramente, como puesta al descubierto por sí misma y no por nosotros, por revelación y no por descubrimiento, la vida humana; nuestra vida»¹.

Búsqueda, pues, de un Fundamento Último que por ser más que vida, vida vivida que se entrega, Amor, mantiene la esperanza humana, un inquebrantable «se puede», y, por eso, insuficiencia tanto del «heroísmo lúdico» orteguiano, como del «heroísmo trágico» unamuniano pero, sobre todo, insuficiencia de la «resignación desesperanzada» que el estoicismo senequista invita a asumir como único camino de vida.

Porque la verdad de la vida humana no puede quedar reducida a la creación del «mundo» que la razón, al dominar la impenetrable circunstancia,

¹ M. ZAMBRANO, *Hacia un saber sobre el alma*, Obras Completas II. Galaxia Gutenberg, Barcelona, 2016, p. 492.

tiene la posibilidad de construir. Y tampoco a esas creencias que soportan, con fecha de caducidad, el sentido de cada generación histórica. El anhelo de la vida humana no puede quedar reducido a la creación de «hogar» en la inhóspita realidad natural, en el hay natural. La vida humana no sólo anhela el logro de la «realidad de su vida» (instinto de conservación), conseguida al ir venciendo la resistencia que la realidad impone, sino que anhela «plenitud», su propia verdad, la «verdad de la vida». Y cuando el estruendo de la circunstancia no permite escuchar dicha verdad; y cuando desde esta falta de escucha se propone para la vida humana un camino (método) cuya única exigencia es adaptarse a la realidad natural, olvidando esa verdad que obliga a considerar el humano vivir como «estado intermedio», como un estar entre la perfección no lograda, vislumbrada a distancia, y el malogro de la vida, la vida humana queda en radical impotencia ante el imponente poder de lo real, ante el imponente poder del impersonal «hay», de lo que se da, de los «hechos».

Pero dicha «verdad» no puede obligar a la vida humana a abandonar la realidad, «heroísmo trágico». Anhelar en inquietud radical lo Otro de la circunstancia, no puede significar, como según nuestra pensadora parece proponer Unamuno, que dicho anhelo, que sólo alcanzaría plenitud más allá de la muerte, anule la esperanza que mantiene a la vida humana buscando el Bien en la historia, es decir, luchando sin descanso contra el mal. Diálogo crítico con el gran Don Miguel, impaciencia de inmortalidad, que parece olvidar la radical enseñanza legada por la izquierda hegeliana, conocida bien por él y por nuestra pensadora —no debe olvidarse, aunque algunos quieran obviarlo, sus ideales republicanos—.

Porque esa izquierda que, ciertamente, niega la revelación y, por eso, concluye que Dios es proyección de los deseos insatisfechos humanos: una creación humana que impide la verdadera humanidad por proyectar, precisamente, fuera de la historia, en un Ser Superior, lo que puede ser logrado históricamente; esa izquierda, por eso, también muestra que donde se niega la posibilidad de la revelación, si se quiere ser coherente con tal negación, debe concluirse en la consideración de Dios como creación humana.

Pero también, por eso, esa izquierda muestra implícitamente, es su gran verdad que debe ser aceptada y que nuestra pensadora acepta, que la esencia de la verdad de la religión exige, como enseñó Hegel, el acontecimiento de la revelación, es decir, el humilde reconocimiento humano de que la pretensión de alcanzar, aprehender, a Dios, querer ser como Dios sin Dios, «metafísica de la creación» dirá María Zambrano, es orgullo religioso, egoísmo camuflado, hablar de uno mismo desde la exagerada consideración de las posibilidades de la vida humana. Pura soberbia, ὕβρις, dirían los antiguos.

La convicción de María Zambrano: en el (o los) acontecimiento(s) que desnudan la vida, que derrotan toda soberbia, que sumergen la vida humana en radical impotencia, experiencia de pura pasividad, el ser humano queda

PRESENTACIÓN

abierto a la maravillosa posibilidad de abandonar toda vida donjuanesca, toda novelería, todo personaje, toda máscara social. Abandono, esfuerzo ético, que por partir de la quiebra de toda posibilidad de autoafirmación, deja la vida humana dispuesta para hospedar (piedad) la Verdad que renueva su esperanza. Renovación que siempre se encarnará (cuerpo) en caminos de compasión, de misericordia (ahora con Unamuno), obras de amor maduro, la verdad de la vida sin más. Acoger, hospedar, piedad, lo que en desnudez no puede ser creado y, por eso, amar el Don que se entrega, que aparece sin más en el centro de las entrañas humanas y respetar su alteridad, será siempre la condición de una vida que, al ser mantenida en su esperanza, puede perseverar en su constante lucha, en la historia, contra los horrores del mal.

Pero debe reconocerse que el (o los) acontecimiento(s) no sólo abre(n) la posibilidad de hospedar la Verdad que renueva la esperanza, quiebra de toda novelería, sino también la posibilidad de la terrible resignación trágica (estoicismo senequista), que paraliza el enfrentamiento ético con los horrores del mal.

Novelería o resignación trágica, dos posibilidades para la vida humana cuando no se sabe escuchar esa Verdad, que por venir de más allá de la circunstancia, no puede ser alcanzada ni por la razón, ni, por supuesto, por ninguna razón vital, porque precisamente es la vida la que quiebra y, por tanto, si la razón vital ha sido verdaderamente asumida, también quiebra la razón; a no ser que la razón no sea vital, es decir, no quede radicalmente herida por las heridas de la vida.

Y, por eso, ahora con Unamuno, contra Hegel, la verdadera lucha que la filosofía primera debe mantener no es, primordialmente, contra los que niegan la revelación, la izquierda hegeliana, sino contra los que la afirman suponiendo que su acontecimiento es plena develación de Dios, posibilidad de conocer/dominar el Misterio Santo, posibilidad de que la razón aprehenda la Infinitud; imposibilidad, por tanto, de verdadera experiencia mística, que es dejar que Dios sea Dios, que el ser humano sea ser humano y que el mundo sea mundo, sin negar por ello su relación, es decir, sin que uno de ellos pueda absorber, negar, a los otros dos.

Enfrentamiento radical con la razón moderna. Porque la Modernidad siente horror por la «noche», por el «silencio», por la «ausencia». La noche debe desvanecerse para dejar paso a las claras definiciones que la palabra humana, usada rectamente, según método lógico, *esprit de géométrie*, establece. Toda ausencia, según el prometeísmo moderno, debe ser derrotada, siempre derrotada, para conquistar presencias plenas y hacer desaparecer el dolor que causa en la vida humana, conciencia desventurada, todo Misterio. Es el «Siglo de las Luces»: si la razón no conquista la luz plena derrotando todo Misterio, la humanidad quedaría condenada a ser menor de edad, es decir, incapacitada para darse a sí misma su futuro.

La Modernidad no admite el Misterio. Y por eso, el pensamiento moderno que acepta la revelación, se ve obligado a rechazar su verdadero contenido: presencia/ausencia de Dios, condición de posibilidad para mantener su Misterio; condición de posibilidad para que el actuar histórico humano quede iluminado por ese «más» que dona el Misterio Santo (trascendencia: «ausencia»), su Señorío, cuya donación es anterior a toda alternativa pasividad/creatividad y, también, a toda alternativa violencia/libertad. Anterioridad, exigencia de una obediencia (ob-audire: escucha hospitalaria, piedad), que nunca podrá ser siquiera entrevista desde la última alternativa que caracteriza la vida humana: rebelión/sumisión. Donación anterior, por eso, a todo deseo de autorrealización.

La Modernidad confunde el «castillo interior», el «ápice del alma», la «intimidad más íntima de la vida humana», con la razón que subyuga, que anula la pluralidad de lo particular, que somete todo lo existente a la universalidad del concepto: logicismo; y, por eso, al final, ahora con Ortega, cuando cumple sus posibilidades, vacuidad, pura nada, ideas en vez de realidad, nihilismo por exceso de yo, impotente soledad, vida sin posibilidad de alteridad.

Inmenso vacío, ipseidad clausurada, muy diferente de la desnudez no elegida, acontecida, nombrada más arriba, porque dicha desnudez acontecida, invitando a apurar las crisis hasta sus últimas consecuencias, sin huir, por eso, de la «realidad de la vida», propone, sin ansiedad, sin angustia, sumergirse en un «centro», donde no se trata de que el ser coincida con la nada, no se trata de ninguna invitación a algún tipo de «orientalismo», «misticismo» o «quietismo», sino de que el ser sea transcendido por la presencia del Amor, presencia donada, por eso, anterior, repetimos, a toda posible dialéctica que pueda caracterizar la actividad humana y explicando todas sus manifestaciones. Es decir, pura gratuidad porque su donación no exige mérito conquistado por la acción humana, sino el humilde gesto de la hospitalidad, piedad, cuando todas las posibilidades de autoafirmación han sido derrotadas. La otra alternativa ante esta derrota, ya está dicho, es la resignación trágica (estoicismo).

El Amor, lo Otro de todos los logros; lo Otro de toda ciencia; lo Otro que no se deja reducir ni a circunstancia ni a historia; lo Otro que no sólo no está a disposición de la razón para ser aprehendido; sino que tampoco está a disposición de los sentimientos, ni de la voluntad; por eso, lo Otro que quiebra todas las imágenes, ídolos, que de él puedan forjarse. Otra vez la desnudez como condición de posibilidad de hospedar una presencia que dará sentido, precisamente por su ausencia (trascendencia), a todas las dimensiones de la vida humana: razón, sentimiento, voluntad, acción...

Y como al Amor así considerado no es posible terminar de saberlo; tampoco es posible terminar de alcanzarlo; y, por eso, juzgará los logros de la

vida personal, no subyugándola, sino obligándola a ir siempre más allá de lo alcanzado, un más que quiebra ese afán de aprehender/dominar/seguridad que caracteriza al ser humano cuando es endiosado. La conclusión de este endiosamiento, es el final de la modernidad, será siempre un hombre desdivinizado por haber sido endiosado.

Inquietud radical, que ni es carencia, ni es ignorancia de Amor: su presencia está donada; sino, precisamente, el aparecer en dicha donación (presencia) de su radical trascendencia (ausencia); trascendencia que se va infinitizando a medida que la vida humana se va configurando desde su donación. Y así, se infinitiza también el deseo humano, abriéndose a lo absolutamente no-(re)presentable; abriéndose a una esperanza, que si es posible, sólo puede ser promesa que se espera con confianza.

Por eso, para María Zambrano lo que está en crisis en la cultura actual no es esa zona de creencias que funda, con fecha de caducidad, la vida humana. Lo que está en crisis es la «verdad de la vida», por incapacidad, resultado de una inhibición, de obedecer/responder a la llamada que abre el anhelo de plenitud en la vida humana. Y cuando no se obedece/responde a la llamada del Amor, la realidad se oculta, se desrealiza por pérdida de confianza, y se buscan falsos anclajes para la vida humana, religiones sustitutorias: lo contrario, precisamente, de la desnudez, del desasimiento.

Pero su propuesta nunca pretenderá desandar lo andado por el pensar moderno, porque de lo que se trata, precisamente, es, no de afirmar, sin más, que la vida humana consista en aceptar, con un órgano peculiar: el «alma», las «entrañas», unas verdades que la razón no alcanza; sino, precisamente, de amor (sentimiento), encarnado en misericordia (razón), respuesta a las exigencias que plantea el Amor que al donarse, llama.

Porque la respuesta al «Amor que nunca se alcanza» genera verdadera fraternidad, libertad comunitaria; ya que dialogar, dialogar de verdad, sólo será posible desde la experiencia de una presencia que desvela desde su alteridad inviolable la exigencia de la inviolabilidad de toda alteridad, de todo «otro». Entonces, sólo entonces, el Amor podrá ser comprendido como lo que verdaderamente es, Padre Común, Creador de todo lo existente. Y la realidad y en ella toda persona humana queda fraternalmente hermanada. La grandeza del magisterio de Unamuno.

Ciertamente, la vida humana, cuando se sintió distinta de las cosas y de su tremendo poder, cuando experimentó la llamada de su «verdad», buscó su lugar en la tierra estableciendo «rituales sagrados», un poner de su lado, a su favor, los poderes de esa(s) inexorable(s) presencia(s): los dioses y el sacrificio ritual. Por tanto, ni escucha, ni alabanza, ni obediencia, sino búsqueda ansiosa y necesaria de afirmación del yo frente a la poderosidad sentida. Por eso, afirmará nuestra pensadora, no sin cierta ironía, que el dominio de la

psiquiatría coincide con el dominio de lo sagrado, lo divino aún no revelado. Y lo sagrado, lo divino aún no revelado, engendrará lo profano, imposibilidad de lo Eterno en el tiempo; y, por eso, el cuerpo y la historia como cárcel; y, por eso también, el deseo fatuo de negarlos, de huir de ellos.

No puede ser éste el camino (método) que la llamada del Amor, Misterio Santo, abre. No es este, ni puede ser el camino (método) que la respuesta a dicha llamada, vida santa, crea y recrea en la historia. Porque vivir enraizado en el Padre Común, Creador de todo, no podrá nunca reducirse a la celebración de «rituales sagrados» para posibilitar un espacio al yo subyugado. Se trata, precisamente, de vivir en la historia, «mística de ojos abiertos», sin jamás caer, por tanto, en la tentación de abandonarla, con todo el cuerpo que es cada ser humano, desde la libertad que dona lo Eterno: experiencia mística. Por eso, el Amor, el Padre Común, Creador de todo, nunca se impondrá a la vida humana por su «poderosidad» y, menos, por la «poderosidad de lo real». Se presentará sin violencia, inquietando sin descanso, invocando, provocando el camino (método) de la libertad para la vida humana. Camino, por eso, abierto por el Amor; un Amor que exige, ciertamente, pero que también salva de toda esclavitud; y, sobre todo, salva de la experiencia de fracaso, esa que es sentida cuando se va descubriendo la imposibilidad de que alguna obra humana o el conjunto de todas ellas puedan estar a esa altura que pide la «verdad de la vida».

Y, entonces, se quiebra la distinción entre lo sagrado y lo profano, porque todo lugar, todo tiempo, si se vive desde este «nuevo nacimiento», desde esta nueva vida que dona la «verdad de la vida», desde esta libertad que engendra lo Eterno, es lugar de respuesta al Amor que nunca podrá ser plenamente logrado. Así queda el ser humano en el ser humano, radical «personalismo», protegido por la humildad amorosa, misericordiosa, del Misterio Santo. Y, también, queda protegida la realidad natural, radical «desacralización», conservada en su ser, autonomía, por la humildad amorosa, misericordiosa, del Misterio Santo. Y éste, por su donación amorosa, queda desvelado como Amor que nunca podrá ser dominado/violado.

No se trata sólo, pues, de superar el racionalismo/logicismo moderno, que siempre concluirá en la «religión en los límites de la razón». Se trata de no olvidar la exigente llamada del «Amor que nunca puede ser logrado»; de ese Amor que siempre saldrá intacto, indemne, ileso de la tremenda aventura de ser. De ese Amor, que con humildad, inquieta las «entrañas» humanas —verdadero «castillo interior», «ápice» del alma—, para que la inquietud radical humana, que abre siempre el anhelo de plenitud, no pueda ser negada.

Y por eso, la peculiar lectura, senequismo español, que realiza nuestra pensadora de la propuesta filosófica de Séneca. La actitud estoica ofrece, ciertamente, una filosofía piadosa, un remedio para enfrentar las crisis hu-

PRESENTACIÓN

manas, sin que el mal, la tentación siempre presente, invada las entrañas humanas. Un remedio riguroso, pero que, más que curar, pretende aliviar; más que despertarnos, pretende consolarnos. Es decir, un pensamiento justificable como medicina para el alma. Pero la resignación que provoca será siempre éticamente injustificable. Y por eso también, a dicha resignación, que es actitud regresiva, debe responderse con la actitud trágica y revolucionaria de Antígona, la mujer que vivió en desnudez pura, en desasimiento radical, por fidelidad a esa llamada que no puede ser anulada ni por la realidad ni por ninguna ley humana; y tampoco por el «*conatus essendi*», por la exigencia de mantener la «realidad de la vida» olvidándose de su verdad.

Pero, sobre todo, será Nina, la encarnación de la Misericordia, presencia del magisterio de Galdós en nuestra pensadora, contrapunto crítico del exceso de «sueño» de Don Quijote, quien encarnará la fidelidad a esa especial «cordura» que se engendra en el «centro» de la vida humana por la Presencia/Ausencia de lo Eterno. Por eso, ella será humana revelación, que atrae viviendo en la verdad.

Nina, la mujer que vivifica la historia, en vez de historiar la vida, porque todo «hiere» y no solo «toca» cuando se comienza a vivir en la Verdad de la vida, en el Amor que es Misericordia. Por eso, «sacramento», signo real, de la «Razón poética», que no es devaneo estético, vida de don Juan kierkegaardiano, sino pretensión de unir filosofía y poesía para que la Verdad de la vida pueda ser descubierta y asumida y la historia humana pueda quedar vivificada y ser anuncio, profecía, de «vida nueva», de «nuevo nacimiento». Aceptación, pero, también, distancia crítica con su admirado Antonio Machado. Porque este había dejado escrito:

«Al pensamiento lógico o matemático, que es pensamiento homogeneizador, a última hora pensar nada, se opone el pensamiento poético, esencialmente heterogeneizador»².

Y no se trata sólo de reconocer esta oposición. Se trata de que la poesía recuerde a la filosofía su obligación de no caer en el vacío lógico: preste atención a la singularidad y, sobre todo, a la singularidad de la vida. Pero también, de que la filosofía ajuste los «sueños», los «delirios», las «esperanzas» de la poesía, para que la vida humana nunca pueda abandonar sus deberes éticos. Porque si el pensar abstracto rechaza la historia, por querer una verdad fuera del tiempo; la poesía la deshace, por querer recorrerla hacia atrás, en busca de un ensueño primitivo, en busca de un «paraíso original» de donde el hombre habría sido arrojado. Pasado (tradicción) y futuro (anhe-

² A. MACHADO, *De un discurso de Juan de Mairena*, XV, en *Obras Completas*. Edición Crítica Oreste Macrí. Espasa Calpe, Madrid, 1989.

lo utópico) enfrentados, bloqueando el sentido ético del presente humano. Zambrano cree que es posible un camino (método) que reconciliando tradición y anhelo posibilite el sentido del quehacer histórico. Por eso, se trata, sobre todo, de abrir un espacio donde la Verdad Inmemorial, voz que viene de un «más allá» de los «éxtasis del tiempo», se haga presente y configure la vida humana.

Sistematizar la asistemática propuesta filosófica —por opción y por perentorias necesidades biográficas— de nuestra pensadora quizá haya sido una gran «traición». Por eso, hemos querido acompañar cada una de nuestras argumentaciones con sus propios textos. Las citas frecuentes y, a veces, largas, soy consciente de ello, además de perseguir una adecuada introducción a su pensamiento, han tenido siempre esta pretensión de fidelidad. Perdone el lector si considera que son excesivas.

En última instancia, hemos querido hacer nuestro el espíritu que siempre acompañó su interpretación de las obras filosóficas: no la exégesis histórica; sino la clarificación del propio pensamiento. Quizá sea éste el resultado final de nuestro trabajo: una clarificación de nuestro propio pensamiento en la luz que ofrece el pensamiento de María Zambrano.

Son muchos y muy buenos los trabajos realizados sobre su propuesta filosófica. La íntima relación entre su pensamiento y su biografía; su original posición en la filosofía española; las posibilidades estéticas que ésta abre para ahondar en el sentir humano; su filosofía de la religión y sus consecuencias para discernir la experiencia mística... son todos temas que han sido bien tratados.

Y, sin embargo, en mis lecturas, siempre una ausencia sentida: un estudio sistemático de las condiciones que posibilitan la experiencia fundante que provoca su original manera de pensar. Este pretende ser el objetivo de las reflexiones que ofrezco. Por eso, guiado por las buenas introducciones a sus Obras Completas, la presencia masiva en nuestra reflexión de las obras escritas hasta el año 1950. Las demás no son tratadas, aunque algunas aparezcan esporádicamente.

Se consigue así, es al menos la pretensión, un marco teórico que permite recorrer las intuiciones básicas de su pensamiento y se adquiere capacidad crítica para posibles interpretaciones de su filosofía, sobre todo, distancia crítica sobre esas interpretaciones que pretenden reducir su «mística» a «orientalismos» o «quietismos», «mística de ojos cerrados», que impediría una adecuada relación entre experiencia fundante y compromiso político, relación que siempre ha acompañado la pretensión filosófica de María Zambrano.

Por eso, la insuficiencia de Hegel y Heidegger: crítica a la razón moderna; la radical necesidad de pensar la Tradición para no caer ni en fundamentalismos, ni en tradicionalismos; la necesidad de una adecuada

PRESENTACIÓN

reflexión antropológica; la imposibilidad de que lo sagrado (separado) defina la esencia de la religión; y, al final, el Misterio Santo, esa presencia/ ausencia que fundamenta la inquietud radical humana, magisterio de San Agustín, exigiendo la estrecha relación entre experiencia mística y ética. En definitiva, vida humana con-sentida por el Misterio Santo, que algunos llamamos Dios.